

Proyecto de Resolución

La Cámara de Diputados de la Nación Argentina

RESUELVE:

Declarar de interés de la Honorable Cámara de Diputados la publicación "***Debates: COVID-19, Desigualdad y Políticas Públicas Distributivas***", compilado por Roxana Mazzola y Pablo Vommaro, publicado por Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales en Argentina, año 2022.

FUNDAMENTOS:

La desigualdad es un flagelo indiscutido en el mundo actual. Nos exige actuar con urgencia y sin dudas. Publicaciones como la reciente sobre la cuestión, editada por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales en Argentina, y que lleva el nombre "*Debates: COVID-19, Desigualdad y Políticas Públicas Distributivas*", constituye un recurso de alto valor científico y político a la vez, un instrumento de gran utilidad para decidir y gestionar cambios coyunturales y estructurales en materia económico social. Sus evidencias no dejan lugar a dudas.

El libro -al que se puede acceder de modo gratuito por vía digital- tiene contribuciones de Bernardo Kliksberg, Juan Grabois, Rubén Lo Vuolo, Karina Batthyány, Gabriel Kessler, Gabriel Katopodis, Luis Alberto Quevedo y Cecilia Merchán, entre otros especialistas, investigadores y funcionarios. El trabajo cuenta también con la participación del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) y la Fundación Friedrich Ebert (FES).

Como sostuvo Simone Cecchini, Director del Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía (CELADE) en la presentación del libro, "nuestra región representa el 8,4 por ciento de la población mundial, pero tuvimos el 30 por ciento de fallecimientos y el 18 por ciento de contagios de la Covid-19, lo cual confirma y expone los datos de pobreza, desigualdad y hacinamiento".

Como sostienen diversos pensadores, para las vastas franjas de población excluidas en la región la democracia es un sistema fallido, que no les garantiza ni permite siquiera una mínima subsistencia. El 13 por ciento de la sociedad de América latina vive en situaciones de extrema pobreza, pero si se le suma vulnerabilidad e informalidad, ese número llega al 54 por ciento. Este malestar funciona como caldo de cultivo para expresiones antisistema, radicales, extremas, xenófobas y muchas veces violentas. Frente a esta dura

realidad, sólo el Estado, recuperando su rol central, puede aportar capacidad de intervención y transformación, de modo de garantizar protección y una sociedad sustentable.

La pandemia Covid 19 entre 2020 y 2021 ha exacerbado las desigualdades en el mundo, en el continente, en Argentina, en materia de ingresos, y en lo habitacional en las ciudades con asimetrías socio urbanas previas, entre barrios consolidados y mejor dotados de infraestructura básica, o nuevos con predios privados de gran dimensión y plena dotación de servicios generales, y barrios con lotes con ocupaciones irregulares, carencia de espacio físico construido y de servicios básicos. En ellos reina la precariedad y la inseguridad.

Esta es la dura realidad que la pandemia ha puesto de manifiesto: las desigualdades no solo generan un inmenso sufrimiento, contribuyen además a la muerte de al menos una persona cada cuatro segundos.

Durante los últimos dos años, millones de personas en el mundo han muerto al contraer un virus infeccioso porque no habían podido vacunarse a tiempo. Millones han perdido la vida también por otras enfermedades por no acceder en tiempo y forma a la atención médica. Otros millones han muerto y siguen muriendo de hambre al no poder comprar alimentos. Y muchas mujeres han muerto en la pandemia víctimas de la violencia de género. Mientras estas personas perdían la vida, las más ricas del mundo han seguido enriqueciéndose. Algunas de las mayores empresas, en particular las de telecomunicaciones e internet, incluso han obtenido beneficios insólitos.

Ello hoy se agrava de modo exponencial frente al conflicto bélico entre Rusia y Ucrania que involucra otros países y alianzas como la OTAN, mientras los organismos internacionales creados en la postguerra mundial no resultan efectivos para frenar los desencuentros geopolíticos y evitar la destrucción y la muerte. Ello impacta también en la economía mundial, sembrando inflación, recesión, desabastecimiento de bienes de consumo e insumos básicos, como los alimentos y la energía, y multiplicando

especulación, hambre e incertidumbre. En paralelo, el escenario exhibe rentas inesperadas en cientos de corporaciones que elevan sus cotizaciones en las bolsas del mundo.

Las desigualdades no son una cuestión abstracta. Son devastadoras y tienen consecuencias reales. Han provocado que la pandemia de COVID-19 se prolongue más tiempo, cause más daños y resulte más mortal. La guerra las profundiza y agrava. Estas situaciones dramáticas están enquistadas en nuestros modelos económicos y orifican devastación en nuestras sociedades.

Esta realidad no es fruto del azar, en muchos casos se trata de una elección; y la solución está a nuestro alcance. Disponemos de estudios, investigaciones, estadísticas y somos testigos de realidades tangibles en calles, hospitales y barrios. La revisión del conocimiento generado por dichas investigaciones da cuenta del siguiente escenario:

1. El mayor aumento de las fortunas multimillonarias jamás registrado

La riqueza de una pequeña élite mundial formada por 2 755 multimillonarios ha crecido más durante la pandemia de COVID-19 que en el conjunto de los últimos 14 años. Se trata del mayor incremento anual jamás registrado. Y se ha dado en todos los continentes. Este incremento es el resultado del aumento desorbitado de los precios de los mercados de valores, el apogeo de las entidades no reguladas y el auge del poder monopolístico, junto a la erosión de las normativas, los derechos laborales y los salarios. Según la OXFAM, desde el inicio de la pandemia, cada 26 horas surgió un nuevo multimillonario en el mundo.

2. Las desigualdades se cobran vidas humanas

Las desigualdades matan. Se estima que contribuyen actualmente a la muerte de cerca de 21 300 personas al día; dicho de otra manera, a la muerte de una persona cada cuatro segundos. Se trata de una estimación conservadora de las muertes ocasionadas por el hambre, por la falta de acceso a servicios de salud y los efectos del cambio climático en países pobres, y por la violencia de género, arraigada en sistemas económicos patriarcales y sexistas, a la que se enfrentan las mujeres. Millones de personas aún estarían vivas si

hubieran recibido una vacuna contra la COVID-19. Pero a millones se les negó esa oportunidad en el mundo, mientras, las grandes empresas farmacéuticas continúan conservando el monopolio de estas tecnologías.

3. La pandemia de COVID-19 se ha venido alimentando de las desigualdades

Las desigualdades afectan de forma desproporcionada a la mayor parte de las personas que viven en situación de pobreza, y en particular a las mujeres y las niñas, y las personas en situación de exclusión. Actualmente, las desigualdades están provocando que la pandemia de COVID-19, que ha causado un drástico aumento de la pobreza en todo el mundo, se prolongue. Más del 80 % de las vacunas contra la COVID-19 han ido a parar a los países del G20, mientras que menos del 1 % ha llegado a países de bajos ingresos. Este apartheid de las vacunas se está cobrando vidas y está alimentando las desigualdades en todo el mundo. En algunos países, las personas en mayor situación de pobreza tienen casi cuatro veces más probabilidades de perder la vida por la COVID-19 y hoy por el hambre que las más ricas.

4. Las desigualdades perjudican directamente a la inmensa mayoría

Las desigualdades son una amenaza mortal para nuestro futuro. La concentración extrema de dinero, poder e influencia en manos de unos pocos tiene efectos perniciosos para el resto de la humanidad. Todas y todos sufrimos las consecuencias del calentamiento global, cuando son los países ricos los que están detrás del 92 % del exceso de emisiones históricas. Todas y todos salimos perdiendo cuando las emisiones de carbono del 1% más rico duplican las de la mitad más pobre de la población mundial, cuando unas pocas pero poderosas empresas, monopolizan la producción de vacunas y tratamientos vitales en medio de una pandemia global, o cuando acaparan alimentos, gas y medicamentos.

5. Las desigualdades no son fruto del azar; son una elección política

El crecimiento desorbitado de la riqueza de los multimillonarios no es indicativo de una economía sana, sino consecuencia de un sistema económico violento y nocivo. El hecho de que las personas en situación de pobreza, las mujeres y las niñas, se vean afectadas y

mueran de manera desproporcionada en comparación con las personas ricas y privilegiadas no es una casualidad. Las desigualdades extremas son una forma de violencia económica en la que las decisiones políticas a nivel sistémico y estructural, diseñadas para favorecer a las personas más ricas y poderosas, perjudican directamente a la amplia mayoría de la población mundial y, especialmente, a las personas más pobres, las mujeres y los niños/as, inmigrantes, desplazados y refugiados.

Los diez hombres más ricos del mundo han duplicado su fortuna, mientras que los ingresos del 99 % de la población mundial se habrían deteriorado a causa de la COVID-19. Las crecientes desigualdades económicas, raciales y de género, así como la desigualdad existente entre países, están profundizando la fractura del mundo a partir de la guerra en curso. Esto no es fruto del azar, sino el resultado de decisiones deliberadas de los agentes del poder, de la toma de deuda, la fuga de divisas, y la evasión impositiva,

Producto de la guerra, los efectos de la inflación mundial se hacen sentir en Argentina por vías de la importación, agravando la inflación interna. Y ello a pesar de la producción de alimentos en el territorio nacional, por cuanto el circuito mercantil asociado a la acumulación de capital transforma a los bienes y a los servicios básicos en mercancía. Y con ello se busca abastecer solo a la demanda solvente, Se requieren entonces medidas sin precedentes para acabar con el inaceptable aumento de las desigualdades

Tenemos la oportunidad de reformar drásticamente nuestros modelos económicos para que se basen en la igualdad. Podemos abordar la riqueza extrema aplicando una fiscalidad progresiva, invirtiendo en medidas públicas de eficacia demostrada para eliminar las desigualdades, y transformando las dinámicas de poder dentro de la economía y la sociedad.

Si reflexionamos a partir de los conocimientos que nos brindan las estadísticas y los estudios disponibles, y si mostramos voluntad y escuchamos a los movimientos que están exigiendo cambios, podremos crear una economía en la que nadie viva en la pobreza, ni tampoco en una riqueza inimaginable: una economía donde las desigualdades dejen de matar. Es un secreto a voces: los Gobiernos pueden tomar medidas.

Los Gobiernos tienen margen de maniobra para modificar el rumbo. Es su elección. Pueden optar entre una economía violenta en la que la riqueza de los multimillonarios aumenta exponencialmente, y en la que millones de personas mueren y miles de millones más se empobrecen debido a las desigualdades. O elegir una economía centrada en la igualdad, en la que nadie viva en la pobreza, ni tampoco en una riqueza multimillonaria inimaginable; en la que haya libertad para vivir sin miseria; en la que todo el mundo pueda prosperar, no solo sobrevivir, y albergar esperanza. Es la gran opción de nuestra generación, cuidar a la población y cuidar el planeta como casa de todos y todas.

Ha quedado claro que el virus del COVID 19 enferma y puede matar, pero también provoca la muerte el virus económico del hambre y la desnutrición. Ellos no discriminan. Los que discriminan son quienes deciden la asignación de los recursos y de las obras de infraestructura social y económica, que definen en qué barrios, en qué zonas y con qué destino se gastan los recursos públicos; y esas decisiones no están exentas de presiones por parte de los distintos grupos sociales, y reflejan poderes diferenciales en la sociedad, y en el ámbito del Estado. El mercado como espacio social gobernado por actores privados decide y asigna por la rentabilidad; en cambio, en el Estado se fijan prioridades a partir de variables más complejas, que involucran las relaciones interjurisdiccionales y la evolución de las cuentas públicas, al tiempo que los decisores buscan reproducir relaciones que sustentan su poder, y se expresan en alianzas sociales a lo largo del tiempo.

Si se produce un retraimiento o una demora de los Estados en inversiones en áreas profundamente sensibles para los derechos humanos como son las de vivienda, agua potable, servicios esenciales de electricidad, saneamiento, gas, salud y educación, en circunstancias en las que los mercados y sus actores más relevantes buscan distribuir los bienes y servicios básicos con lógica privada centrada en la rentabilidad, ello configura un escenario en el que las desigualdades y la consiguiente pobreza se exacerban.

¿Somos conscientes del riesgo que supone la mercantilización de los alimentos y de los servicios públicos esenciales, como el agua potable, la electricidad, y la calefacción en climas rigurosos, así como el transporte público urbano e interurbano en frecuencias y recorridos razonables, del que depende el traslado a centros de salud, o al lugar de trabajo,

de estudio y de abastecimiento, los que se interrelacionan directamente con las condiciones de la vida diaria en el hogar y en su entorno, y las implicancias que ello tiene en materia de cuidado de la salud?.

Reflexionemos: como se extrae de la publicación sobre la Desigualdad distributiva, se impone concertar las prioridades públicas en materia de obras locales de infraestructura social y económica para garantizar modos más inclusivos de enfrentar el tiempo que se viene y el riesgo de enfermedades por las carencias señaladas. Se requiere una agenda transformadora para enfrentar la pandemia sanitaria y los efectos económicos disruptivos de la guerra en curso, y en esa agenda los derechos humanos deben formar una parte central.

El Estado no sólo debe estar presente, sino que debe estar en el centro, y debe abrir la participación social para dar una discusión democrática amplia sobre las prioridades del uso del presupuesto público. A los ciudadanos y sus organizaciones sociales les corresponde evidenciar situaciones, y a nos los representantes políticos construir consensos para encaminar soluciones a los problemas más relevantes de necesidad insatisfecha con la mayor urgencia posible. La desigualdad nos lo demanda.

En tanto, la valiosa publicación reciente editada por FLACSO sobre las Desigualdades ofrece elementos que otorgan transparencia informativa para actuar de modo urgente, es que propongo a mis pares declararla de interés en esta Cámara y difundirla al sistema educativo, a los municipios, las provincias, y a las organizaciones gremiales y sociales, de modo de que sirva para elaborar y encaminar propuestas de acción en la actual situación de inflación desbocada y de multiplicación de desigualdades en la Argentina.

Diputada Graciela Landriscini (Río Negro, Bloque FdT)